
Redes sociales, identidad y adolescencia: nuevos retos educativos para la familia

Social Networks, Identity and Adolescent: New Educational Challenges for the Family

MARTA RUIZ-CORBELLA

UNED
mruiz@edu.uned.es

ÁNGEL DE-JUANAS OLIVA

UNED
adejuanas@edu.uned.es

Resumen: Las redes sociales han potenciado la comunicación entre iguales y han contribuido al aumento de la participación social en Internet. Los últimos estudios realizados confirman un importante crecimiento de usuarios de redes sociales en la población adolescente. En este artículo se atiende al concepto de redes sociales, a las posibilidades y riesgos que presentan y a su influencia en la configuración de la identidad de los adolescentes. Asimismo, se señala la necesidad de preparar a la familia para enseñar a saber hacer y ser con estas tecnologías de un modo autónomo y responsable.

Palabras clave: redes sociales; identidad digital; adolescencia; familia.

Abstract: Social networks have enhanced communication among peers and have contributed to increase social participation online. Recent studies confirm a significant growth of social network users in the adolescent population. This article addresses the concept of social networks, the possibilities and risks that they present and their influence on the formation of the identity of adolescents. It also highlights the need to prepare the family to know how to teach, and how to be independent and responsible with these technologies.

Keywords: social networks; digital identity; adolescent; family.

INTRODUCCIÓN

No hay duda de que las tecnologías de la comunicación forman parte de nuestras vidas. Además, se las reconoce como una de las causas de nuevas formas de organización social que han originado importantes cambios socio-económicos. La aparición de organizaciones basadas en las relaciones cooperativas orienta hacia el consumo de información mediante un nuevo sistema de redes que se sustenta en estilos comunicativos dispuestos entre lo formal y lo informal. En este escenario, el mayor hito es la aparición de un nuevo entorno simbólico de socialización, que llega a ocupar y, en ocasiones a sustituir, otros espacios de convivencia, consolidándose, poco a poco, como medio clave de la configuración de la identidad de los más jóvenes. A la vez que resulta fuente indiscutible de información, que transforma los procesos de aprendizaje, lo que condiciona, sin lugar a duda, el futuro de los espacios de socialización.

Ante este escenario ni la familia ni otros espacios educativos parecen soportar el ritmo frenético de avance de las tecnologías emergentes. Tampoco tienen respuestas a las múltiples situaciones e interrogantes que constantemente van surgiendo. Sin duda, nos encontramos frente a un entorno en el que la capacidad de comunicación ha roto barreras y ha evolucionado de una forma tan extraordinaria que está afectando a los modos en los que se emite, circula y se recupera la información. Lo que redundará en la manera de aprehender la realidad, de relacionarnos, organizarnos, aprender, trabajar y ocupar nuestro tiempo.

La distribución masiva de información, agudizada por la rápida expansión de Internet, deviene en la génesis de nuevos espacios de participación social con retroalimentación inmediata, lo que ha contribuido a una constante estimulación tecnológica (Stone, 2010). Todo ello afecta de lleno a las relaciones comunicativas y ha generado un marco de interacción donde la suplantación está al orden del día, los límites de la libertad de expresión se difuminan y dónde no existe una regulación eficiente por parte de los organismos nacionales e internacionales que ven cómo, día tras día, aparecen nuevas lagunas legislativas. Indudablemente estamos ante una nueva realidad que se impone a un ritmo vertiginoso, para la que aún no tenemos respuesta a muchos de los interrogantes que plantea, a la vez que abre posibilidades y oportunidades insospechadas.

En otro orden, si observamos a las familias, muchas de ellas asisten desconcertadas y desprotegidas a esta gran transformación social. Los padres y madres observan como sus hijos se aficionan a estas redes con más rapidez de la prevista gracias a su poder mediático, su fácil manejo y a sus atractivas prestaciones, independientemente de dónde estén ubicados. Por su parte, los adolescentes sienten la necesi-

dad acuciante de participar en las redes sociales. De algún modo, pertenecer a una red social ha dejado de ser una opción de ocio para convertirse en un requerimiento que permite estar en contacto con los iguales, en cada instante, más allá del espacio físico, bajo el imperativo, “(...) en el mundo de las comunicaciones en que vivimos, el que no está conectado prácticamente no está en la sociedad” (Díaz Gandasegui, 2011, p. 5). De ahí la necesidad acuciante para los adolescentes de formar parte de estos espacios, dado que en ellos se promueve la interacción con los iguales sin ser vistos por los adultos. Un lugar en el que el sentido de pertenencia a un grupo y la personalidad individual se desarrollan de un modo propicio (Bernárdez, 2006). Por tanto, la utilización de estos medios sociales está afectando a la configuración de la propia identidad durante la adolescencia. Como es sabido, la etapa de la adolescencia es un periodo evolutivo extremadamente complicado para la configuración de la personalidad (Castellana, Sánchez-Carbonell, Graner y Beranuy, 2007) dado que se experimentan procesos madurativos en los que los jóvenes buscan percibirse a sí mismos y a su propia actividad dando sentido a su mundo social con el fin de determinar su propia individualidad (Coleman y Hendry, 2003). Con todo, resulta evidente que las interacciones sociales que mantienen los adolescentes en las redes sociales influyen en la vida familiar, en las rutinas y espacios que se establecen en la convivencia diaria.

En consecuencia, saber gestionar la utilización de las redes sociales se ha convertido en un reto para lograr que los adolescentes desarrollen una identidad acorde con lo que realmente somos y queremos llegar a ser en esta sociedad red (Castells, 2000), teniendo en cuenta la diversidad de espacios en los que debemos actuar, relacionarnos, trabajar, etc.

En este contexto, el propósito del presente artículo es analizar qué son las redes sociales, identificar sus posibilidades, atendiendo a los últimos estudios realizados, e incidir en la relevancia de estos medios en la configuración de la identidad de los adolescentes, lo que conlleva nuevas oportunidades, a la vez que riesgos. Debido a que la web 2.0, y la 3.0 ya presente, están generando un cambio en el modo de pensar, aprender, actuar, relacionarse, etc. en las nuevas generaciones, urge reflexionar sobre estos entornos digitales y su papel en el desarrollo de la identidad en esta etapa vital. Conocerlos es el primer paso para abordar las implicaciones educativas que pueden llevarse a cabo y afrontar los desafíos que presentan.

¿QUÉ SON Y PARA QUÉ SIRVEN LAS REDES SOCIALES? CONCEPTOS CLAVE

Hace ya más de cuarenta años que se empezó a hablar por primera vez del término Sociedad de la Información (Bell, 1973). Desde entonces, la paulatina aparición de

nuevas tecnologías digitales, especialmente Internet y la web 2.0, han modificado radicalmente la interacción entre personas: la tecnología nos permite relacionarnos en red de un modo síncrono y asíncrono efectivo, desligados de un lugar físico, de forma inmediata y con terminales cada vez más sencillos y económicos. En este escenario digital, el medio social aparece como una gran ventana a la comunicación que se define como un grupo de aplicaciones fundamentadas en Internet, que se desarrollan sobre los elementos tecnológicos e ideológicos de la Web 2.0 y que facilitan la elaboración y el intercambio de contenidos generados por los usuarios (Kaplan y Haenlein, 2010). Con todo, este concepto se asocia al cambio de paradigma, rompiendo con el antiguo modelo sustentado en la arquitectura de los medios de comunicación de masas, con contenidos unidireccionales y estáticos, mientras que en los medios sociales el conocimiento se construye en comunidad, de forma permanente y en un sentido multidireccional.

No olvidemos que el concepto de medio social se extiende más allá de los medios tecnológicos que le dan soporte, dado que presenta una finalidad interactiva y colaborativa que promueve la creación de comunidades (De-Juanas y Diestro, 2012). En este sentido, “los medios sociales son un entorno online creado con la misión de la colaboración de masas, no la tecnología per se” (Bradley y McDonalds, 2012, p. 26), en el que el cambio de rol ha sido, sin duda, el detonador más evidente de su expansión.

En la actualidad, se impulsa la aparición de diferentes medios sociales que quedan representados, principalmente, por las redes sociales y las plataformas colaborativas que permiten compartir conocimiento en tiempo real y, especialmente, construirlo entre todos. En sentido estricto estos medios son entendidos como servicios dirigidos a compartir información con la consiguiente creación de redes. Se diferencian de las redes sociales (*Social Network*) en que éstas ofrecen servicios específicos para crear perfiles de usuario propios y operar en función de criterios de interés, categorías, etiqueta, etc. En el presente trabajo nos centraremos únicamente en las redes sociales entendidas como entornos “(...) cuya finalidad es permitir a los usuarios relacionarse, comunicarse, compartir contenido y crear comunidades (...)” (Urueña, 2011, p. 12), permitiendo expandir la información mediante interfaces de usuarios intuitivas y atractivas, que promueve la comunicación, la distribución de contenidos, la coordinación de acciones y el permanente contacto.

Es preciso tener presente que existen múltiples redes sociales de libre acceso para cualquier usuario de Internet. En su mayoría disponen de aplicaciones para escritorio y para dispositivos móviles de última generación, lo que genera que una persona esté activa en una o varias redes a la vez. Ahora bien, la multiplicidad de medios y sus diferentes posibilidades hace que resulte complejo ordenarla, ya que no

existe acuerdo para establecer una clasificación única (De Haro, 2008; Aced, 2009). De entre todas estas, Facebook es la red más extendida, al contar con más de 750 millones de usuarios en todo el mundo y en la que se ofrece múltiples servicios como generar eventos, mensajería, chats, etc., todos ellos basados en el concepto de “amistad”. De un modo similar opera Tuenti, la red social española, con 14 millones de usuarios y funcionalidades similares a la anterior. Otro ejemplo digno de consideración es Twitter, una red sustentada en tecnología *microblogging* que permite enviar mensajes de texto plano (*tweets*) con una longitud de 140 caracteres a otros usuarios seguidores (*tweeps*). Y así una larga lista de herramientas dedicadas a la interacción social apoyadas en diferentes soportes, caracterizadas, todas ellas, por su gran capacidad de arrastre en todos los sectores poblacionales (YouTube, Vimeo, Dailymotion, Flickr, Picassa, etc.) (De-Juanas y Diestro, 2012).

Al margen de estos servicios, también debemos destacar una serie de aplicaciones que operan en la red de datos de los dispositivos móviles. No se trata de redes sociales *per se*, aunque facilitan la comunicación entre iguales y dan cobertura a servicios de mensajería instantánea de protocolo abierto que permiten el envío de texto, imágenes, vídeo y audio. En algunos casos, estas aplicaciones pueden llegar a confundirse con medios sociales, pues permiten enviar mensajes grupales, dan soporte para mantener conversaciones chat en Web, hacer llamadas VoIP, etc. (WhatsApp, Viber, LINE, etc.).

Todas estas opciones no son independientes unas de otras, sino que, soportadas en el hipertexto, interrelacionan entre sí enriqueciendo las posibilidades de comunicación, lo que justifica el enorme atractivo de estos medios, especialmente entre los adolescentes. Esta es una de las razones de por qué la nueva brecha social se origina entre los que tienen acceso a la red y los que no, ya que el futuro se construye y se desarrolla en la red.

EL USO DE LAS REDES SOCIALES ENTRE LOS ADOLESCENTES. UNA APROXIMACIÓN A LA SITUACIÓN EN NUESTRO PAIS

Cada año aparecen puntualmente diferentes informes sobre el comportamiento de la población ante y con la tecnología, destacando en nuestro país, los estudios de la Fundación Orange (2012), Fundación Telefónica (2012), ONTSI (Urueña, 2011), Fumero y Espíritusanto (2012), Bringué, Sádaba y Tolsá (2011), Sánchez Burón y Álvaro Martín (2011), Sánchez Vera, Serrano Sánchez y Prendes Espinosa (2013), Fundación Pfizer (2009), entre otros. La mayoría de estos trabajos difieren en cuanto al tema que desarrollan en una u otra edición, al sector poblacional que estudian o la tecnología que analizan. Ahora bien, todos ellos convergen en los pun-

tos clave del análisis de estos medios. Si focalizamos nuestra atención en las redes sociales y en el sector poblacional que nos interesa, chicos y chicas entre los nueve años, edad en la que se inician en estos entornos según estos informes, y los veinte, podemos extraer de estos trabajos una serie de datos que nos aportan una radiografía certera de esta realidad. En concreto:

1) La presencia de las redes sociales es indiscutible y ha alcanzado una gran relevancia en nuestra sociedad, cuestión que no debemos obviar, y menos desatender. Si en el 2009 el 51% de los adolescentes utilizaban e interaccionaban en una red social, sólo un año más tarde se dio un salto cuantitativo al pasar ya al 70%, siendo a partir del 2011 cuando este crecimiento se afianza, con una cifra del 75% (Urueña, 2011). De ahí que afirmemos la consolidación de este espacio de comunicación con un comportamiento estable en ellas, dado que se utilizan diariamente gracias, prioritariamente, a los dispositivos móviles. Estamos ante un periodo vital que ya no puede concebirse fuera de la virtualidad: entornos presenciales y digitales son los espacios cotidianos y cercanos para la interrelación de esta generación, de tal forma que tecnología y medios son los soportes clave para interactuar con sus amigos, familiares, colegas, etc. Lo que explica que los medios sociales que capitalizan el desarrollo de la sociedad red sean:

“(...) las “redes sociales”, con Facebook a la cabeza, como la máxima expresión de una variedad creciente de medios sociales (Social Media) para la información, la relación y la comunicación; la “nube informática”, como metáfora ganadora en la carrera por ocultar la complejidad de una infraestructura basada en la red de redes, Internet; y los (cada vez menos teléfonos) móviles “inteligentes”, que se han convertido en verdaderas “prótesis” doblemente digitales de unos individuos que viven conectados a una Red que deposita en aquella nube unas capacidades y unas expectativas que no dejan de crecer” (Fumero y Espiritusanto, 2012, p. 9).

En este punto debemos incidir en esta dimensión audiovisual de las redes, al utilizarse en gran medida para subir y descargar fotos, videos, música, juegos... contenidos creados, la mayor parte, por ellos mismos en sus dispositivos móviles. Al respecto, estos mismos autores insisten en el enorme potencial de lo audiovisual para este mismo colectivo, ya que:

“la movilidad, la facilidad para crear, editar y compartir contenidos de todo tipo y la intensificación de las transacciones y las interacciones de todo tipo entre

cada vez más objetos y personas que pueblan la Red han conseguido que sea cada vez más importante disponer de la capacidad para hacer “visible”, consumible, la ingente cantidad de datos, información, contenidos al fin y al cabo, que generamos nada más conectarnos (Fumero y Espíritu Santo, 2012, pp. 10-11).

Es decir, una tecnología que valora solo lo que se comparte, la actividad y participación de todos los que integran una red y, sobre todo, la capacidad de construir relaciones entre “amigos” o “seguidores” en la terminología de la red, en la que lo importante es la cantidad de anexiones con la que se cuenta, no si realmente esos usuarios se conocen o no. En este entorno es difícil diferenciar al amigo, término que se utiliza en muchos de estos medios con la consiguiente pérdida de significado, del conocido o del desconocido, generando, de esta forma, múltiples sinergias entre usuarios que provocan su expansión exponencial. En esta línea, las redes sociales no pretenden profundizar en las relaciones, sino establecerlas y mantenerlas, con comentarios, fotos, respuestas a otros comentarios, compartiendo enlaces de interés, etc., siempre con intervenciones breves, única forma que permite la propia estructura de la red social (Reyero, García Aretio, Hernández Serrano y Ovide, 2011), siempre abiertas en una supuesta privacidad a las incorporaciones de nuevas amistades. Son consumidores, a la vez que, necesariamente, productores.

2) Facebook destaca al emplearse en nuestro país en seis puntos porcentuales por encima de la media mundial (Urueña, 2011). La siguen MySpace (21%), Twitter (17%), Orkut (15%), hi5 (11%), LinkedIn (9%), Netlog (8%), Xing (3%), Ning (2%) y Hyves (1%). Sin obviar que España se sitúa en el tercer puesto del ranking como país más activo en la utilización de redes sociales detrás de Brasil e Italia (Urueña, 2011).

Otro indicador importante a tener en cuenta es la permanencia de los usuarios en estas redes. La mayoría afirman estar en, al menos, dos y, a lo largo de los años, evolucionan de una red a otra, unas veces dejando unas para incorporarse a otras o compaginando varias de ellas, como es el caso en nuestro país de la evolución que se da de Tuenti a Facebook, o bien compaginando Twitter, y LinkedIn ya en una etapa profesional (Urueña, 2011). Ahora, lo relevante es que los usuarios no dejan este medio, sino que lo van ajustando a sus intereses, gustos, necesidades, etc. No hay duda de que estamos ante un canal de comunicación que ha llegado para quedarse y en el que, día a día, abre nuevas opciones a sus usuarios.

Este rápido crecimiento y aceptación de la utilización de las redes sociales en todos los ámbitos de relación humana se debe, en primer lugar, y como es lógico, a la mejora de la tecnología de la propia red y de los terminales móviles. A la consoli-

dación del software libre, lo que ha disparado los usos y posibilidades de la red. Pero, sobre todo, a la facilidad de su uso, acceso, movilidad, ubicuidad, conexión permanente, el cada vez más bajo coste (o gratuidad de muchos de sus servicios) y, de forma especial, el sentimiento de pertenencia que genera y las enormes posibilidades de participación en tiempo real, ya sea a nivel individual o grupal. De tal modo que:

la Web pasa ahora a ser un espacio plural donde el usuario ya no solo consume información, sino que también, y sobre todo, produce contenidos con unos recursos mínimos, ya que el modelo de negocio que ha triunfado en la Web 2.0 facilita la participación masiva con muy fácil acceso al servicio. El usuario ha pasado a tener un papel muy activo, a poder dar a conocer su propia voz, sus ideas y sus obras en la Web y a relacionarse con otros usuarios a un nivel sin precedentes en la Historia (Reyero *et al.*, 2011, p. 7).

Todo ello hace que hoy en día resulte ya impensable para un adolescente no sólo salir de casa sin su móvil, sino moverse por su hogar sin llevar el terminal consigo. Llega a ser una extensión más de su yo. Los datos sobre la utilización y uso de las redes por parte de nuestros adolescentes recogidos en estos informes (Fundación Orange, 2012; Fundación Telefónica, 2012; Fumero y Espiritusanto 2012; Urueña, 2011, etc.) refrendan esta afirmación, que debe impulsar la necesidad de reflexionar sobre ella y actuar tanto desde la familia como desde todo escenario educativo, entre los que destacamos:

- 9 de cada 10 usuarios afirman que utilizan las redes para estar en contacto con amigos con los que se ve con frecuencia, las usan para continuar hablando con ellos, a los que ve en sus escenarios cotidianos, para establecer contacto con los que raramente ven en persona, para hacer planes y, en menor medida, para conocer y hacer nuevas amistades.
- 3 de cada 4 usuarios confirman que envían mensajes privados a los amigos o escriben mensajes en su página (muro) personal.
- 8 de cada 10 usuarios de redes sociales tienen su propio 'perfil' en alguna red social, es decir, mantienen su propia página, con sus datos personales, comentarios, imágenes, vídeos, etc. Y el 33% de estos afirman tenerlo en más de una red, proporción que aumenta de acuerdo con la edad.
- En relación al tipo de datos personales que los adolescentes proporcionan para acceder o darse de alta en las redes sociales, más del 90% indica su género; el 85% da el nombre y la edad, incluso la fecha de nacimiento; el 75,5% dice cuál es su ciudad de residencia; el 67% proporciona su dirección de correo

- electrónico; y el 53% aporta los datos sobre su centro de estudio y cuáles son sus gustos y aficiones. Un 16,7% ofrece su dirección postal; y algo menos, un 13,1%, su número de teléfono.
- En cuanto al número de “amigos” en sus perfiles, se relaciona directamente con la edad. Si entre 11 y 13 años la media se sitúa en 54, esta sube a 120 entre 14 y 16 años, y a 146 a partir de los 17.
 - El 91 % de los adolescentes valoran positivamente poder participar en estas redes y disponer de una página personal para poder relacionarse y comunicarse.
 - Es mínimo el porcentaje de adolescentes que tienen una opinión negativa sobre las redes sociales, basando sus críticas fundamentalmente en los peligros asociados a las mismas: fraudes, engaño, falta de privacidad, desconfianza, etc. (Urueña, 2011; Fundación Orange, 2012; Fundación Pfizer, 2009).

LAS REDES SOCIALES, NUEVA VÍA DE SOCIALIZACIÓN EN LA ADOLESCENCIA

Se ha de considerar que la adolescencia, aun siendo un constructo social, es considerada como el momento vital clave para la configuración de la identidad personal; una adecuada inserción en el contexto social en el que se vive y la capacidad de relación, especialmente con los iguales (Soutullo y Mardomingo, 2010). Se presenta como una etapa compleja en la que la persona debe construir y definir su yo e iniciar su proceso como adulto dentro de la pluralidad de mundos en los que está creciendo, y en los que busca poder participar con otros en sociedad. Por ello no son indiferentes las amistades, los grupos en los que se inserta, los intereses, su capacidad de relación con los adultos y con sus pares, etc.

“Se trata de un tiempo marcado por socializaciones múltiples y a menudo complejas, en las cuales se hace sentir la influencia conjunta, y en ocasiones contradictoria, de la familia –y en ésta, de los padres, de la fratría e incluso de los miembros de la familia extensa–, del grupo de pares –unido a menudo a las industrias culturales y los medios audiovisuales específicamente orientados hacia la juventud– y de la institución escolar” (Lahire, 2007, p. 23).

En todas las culturas se ha considerado el momento clave para iniciar el propio proyecto vital, con transiciones a la vida adulta más o menos rápidas. De ahí que a lo largo de la historia este ha sido el proceso socializador determinante en la consolidación de la identidad. Ahora bien, lo que diferencia la situación actual, presente en todos los espacios en donde hay acceso a la red, de cualquier otra, es el cambio ver-

tiginoso que ha provocado la tecnología. De manera que se está originando un nuevo modo de configuración de la identidad y de la relación con los otros y lo otro. La cuestión no es que el proceso socializador haya cambiado, sino que ahora es este soporte el que se utiliza para hacer las mismas cosas que los adolescentes hacen en otros entornos (entretenerse, relacionarse, informarse, etc.). Así pues, nos encontramos frente a una tecnología que actúa como elemento mediador, o mediatizador, de esas actividades cotidianas y, como tal, las determina hasta tal punto que “la Web 2.0 ha evolucionado primando esa inmediatez y cambiando, con ello, conceptos fundamentales como la privacidad, el derecho a la propia imagen y al honor o el derecho al olvido, a desaparecer de la Red sin dejar rastro” (Fumero y Espiritusanto, 2012, p.11). Es decir, está determinando el modo de configurar la identidad de los adolescentes, al hacer posible múltiples identidades digitales en diferentes planos de actuación, en los que, incluso, está presente el anonimato como vía de interrelación. De esta forma se diluyen los espacios de lo privado, lo íntimo y lo público, ya que lo tecnológico forma parte de cada uno, de nuestro mundo siempre compartido, de tal forma que ya no es un simple medio, sino una parte fundamental para comprendernos y comprenderlo. Desde esta perspectiva, debemos pensar las tecnologías desde un posicionamiento simétrico, donde lo humano no está por encima, sino al mismo nivel, ya que están “con” nosotros, convirtiéndose en “tecnologías subjetivas” (Reyero *et al.*, 2011). Es decir, la tecnología forma parte de nuestra forma de actuar, de relacionarnos y, sin duda, de ser. Se convierte, así, en una vía de socialización clave en la adolescencia en la que la familia, muchas veces, aún permanece ajena.

La red 2.0 existe gracias a la participación de miles de usuarios, y las redes sociales, de la misma manera, gracias a la interacción de sus participantes. De tal modo que las personas son en la medida en que interaccionan con otras a través de esta red, alimentan su red, se mantienen en ella y reciben retroalimentación de los otros, comparten intereses, ideas y vivencias. La visibilidad se convierte, en definitiva, en lo determinante en la construcción y desarrollo de nuestro propio yo. Y esa visibilidad sólo se logra si se está en la red, no en otros espacios. Pero no olvidemos que aunque estas:

“(…) se muestran más flexibles en sus mecanismos de inclusión social, tiende a reproducir las desigualdades que se dan fuera de la red: si alguien es popular fuera de la red, lo es igualmente en la red; si alguien es invisible en el mundo offline lo más probable es que también lo sea online. Porque la red social es una extensión de la sociabilidad en el mundo real, por muchos amigos que aparezcan en la lista de un joven, la mayor interacción –y la más regular y cons-

tante— se da con los que ve todo el día en la escuela o en los lugares donde circula habitualmente” (Winocur, 2012, pp. 6–7).

Ahora bien, debemos considerar que este canal de comunicación, igual que los otros presentes en otras culturas y en cualquier tiempo, permite clasificar y organizar el mundo que conocemos, y sólo conoceremos nuestra realidad en la medida en que somos capaces de leerla, de narrarla, de aplicarla, de transformarla, independientemente del soporte en que se apoye. La red es uno de los canales de interacción más relevantes en la realidad actual y el escenario de gran parte de nuestras relaciones, en diferentes niveles, de hoy y del futuro, por lo que, lógicamente, no es cuestión de proteger a nuestros adolescentes impidiendo que accedan a la red. Al contrario, lo esencial es formales en y para su uso y en las necesarias competencias para utilizar adecuadamente todas las opciones que ofrece. Son adolescentes que viven, y que se desarrollan e interactúan en un mundo de pantallas, por lo que debemos enseñarles a manejar ese mundo y a configurar su yo en él, conociendo las oportunidades y los riesgos presentes en él, sabiendo que los procesos de formación de cada persona atienden ahora contextos y lógicas comportamentales radicalmente diferentes:

“En estas nuevas condiciones de producción del yo, donde todos tienen la posibilidad de trascender públicamente, el ejercicio de la intimidad se ha vuelto un acto de naturaleza profundamente reflexiva, no solo porque producimos performances destinadas a alimentar nuestra ‘intimidad pública’, sino también porque, a diferencia de lo que ocurría antes donde ciertos espacios y tiempos nos indicaban que aquí comienza el reino de la intimidad y aquí se acaba—como las puertas de la casa y de las habitaciones, o la noche y el día—, han perdido mucho de su eficacia simbólica para marcar las fronteras y, como parte de nuestro proceso de individuación, tan caro a la modernidad, también debemos decidir y hacernos responsables todo el tiempo sobre lo que es comunicable o no de nuestra intimidad (al menos en un sentido manifiesto), con quién o quiénes compartirla, en qué momentos y en qué espacios reales o virtuales” (Wincour, 2012, p. 3).

Y en este nuevo escenario la familia tiene mucho que decir.

OPORTUNIDADES Y RIESGOS DE LAS REDES SOCIALES

Un avance tecnológico tan complejo, además de las bondades obvias que tiene, también ofrece dudas y presenta riesgos. Ninguna tecnología es neutral. No es un ar-

tefacto que utilizamos y cuyo uso resulta inocuo. La usamos por la promesa de unos efectos valiosos y posiblemente sin reflexionar sobre las posibles consecuencias estructurales que una tecnología en constante evolución conlleva, tanto a nivel *micro*, para el sujeto, *meso*, para los grupos más cercanos en que el que destacamos a la familia, como *macro*, para el avance social (Reyero *et al.*, 2011). Entre todas ellas, destacamos algunas de estas consecuencias.

Una nueva forma de pensar y de relacionarse con los otros

Un primer elemento que debemos tener en cuenta es que estamos ante una tecnología que modifica la forma de percibir la realidad, de pensarla y de narrarla, lo que condiciona las formas de relacionarnos con los demás y con el mundo que nos rodea. Prima la inteligencia visual, se trata de un territorio simbólico en el que lo gráfico es la forma de plasmar lo que conocemos y lo que sentimos. Lo usual es el manejo de una cantidad ingente de datos, la información que se maneja es superior a la que nadie puede asumir. Esto lleva a discriminar de forma rápida, seleccionando lo que se busca con los únicos criterios de utilidad, eficacia y productividad. La lectura es hipertextual, nunca lineal, lo que exige saber interaccionar con varios lenguajes a la vez. Estamos ante un conocimiento inductivo. Predomina lo inmediato, todo es en tiempo real. En este sentido, no se valora la reflexión, sino la capacidad de expresar en un mínimo espacio y de forma inmediata, sentimientos e ideas. Se aprecia la capacidad de interacción social, de generar prontas respuestas a un mensaje, de promover adhesiones, comentarios, entradas a nuestro espacio virtual.

Junto con la saturación o sobrecarga de información que se genera como consecuencia de la proliferación de mensajes que se produce por el creciente número de textos, comentarios, páginas, etc., aparece el peligro de la obsolescencia. Es decir, la velocidad con la que se producen los contenidos en los medios sociales conlleva como efecto directo que la información caduque con relativa rapidez. En este sentido, esta volatilidad enfrenta a los adolescentes a una situación potencial de estrés ante la exigencia de respuestas inmediatas, a la vez que pulveriza el principio de autoridad. Todo y todos estamos en el mismo nivel, ya que todo es opinión. Cuando los mensajes aparecen en la red, los usuarios se ven ante la situación de responder lo antes posible al emisor. Responder algo más tarde que otros iguales puede dejarles en mal lugar. De ahí que, en algunos casos, pueden aparecer comportamientos adictivos que en ocasiones derivan en un uso compulsivo de Internet (Meerkerk, Van den Eijnden y Garretsen, 2006), e incluso en un problema patológico (Grohol, 2005).

Identidad digital

Ya se ha mencionado cómo la adolescencia es la etapa clave en el proceso de maduración como persona, en el que se identifican los ejes básicos del yo (como individuo diferente a los demás, con una identidad sexual, cultural, social, etc. definida). Ahora bien, en los entornos digitales este proceso resulta aún más complejo en la medida en que posibilita la opción de “jugar” con diferentes identidades o con el anonimato, con todos los riesgos que esto conlleva. La red, y en especial la participación en redes, promueven un nuevo tipo de identidad, la digital, que se configura a partir de la habilidad de gestionar con éxito la propia visibilidad, reputación y privacidad en la red, y que se va construyendo a partir de la propia actividad y de la de los demás en este entorno. Para Giones-Valls y Serrat-Brustenga (2010), la identidad es entendida como “una construcción compleja, personal y social, consistente en parte en quien creemos ser, como queremos que los demás nos perciban, y como de hecho, nos perciben”. Sin embargo, en las redes sociales “se juega” con la imagen que se quiere mostrar a terceros, por lo que se suceden los perfiles virtuales que muestran a quienes en realidad no son. Al respecto, cerca de un 50% de adolescentes reconoce experimentar cambios con su identidad con el propósito de saber qué sienten los demás cuando interactúan con una persona distinta, superar la timidez y facilitar las relaciones con otros (Valkenburg, Schouten y Peter, 2005).

En definitiva, en los entornos telemáticos, la identidad, igual que en el mundo analógico, se configura de forma activa, pero esta vez apoyada en un lenguaje audiovisual que elabora identidades más o menos cercanas a ‘lo real’, con el consiguiente riesgo de dañarla. Identidades ineludiblemente ligadas al desarrollo de habilidades tecnológicas, informacionales y una actitud activa en la red, participativa, abierta y colaborativa (Giones-Valls y Serrat-Brustenga, 2010). A la vez que la propia fuerza de las redes sociales genera un yo co-construido (Caro, 2012), ya que, en definitiva, la identidad individual y la colectiva se potencian simultánea y permanentemente. En consecuencia, en este proceso comunicativo la identidad se hace visible de un modo continuo, agregado, fragmentado, almacenable y no controlado, lo que puede derivar en situaciones no deseadas, imposibles, hoy en día, de eliminar de la memoria digital. Este punto conecta directamente con el siguiente elemento, la privacidad en las redes sociales ante esta sobreexposición de uno mismo.

Privacidad / intimidad

Todo es público y lo que debemos aprender es a gestionar aquello que queremos mantener en privado. Es una práctica habitual el que “si alguien quiere saber de

nosotros, tarde o temprano buscará en la red”. Esta afirmación además de que, continúa este autor, “si hasta ahora todo era privado, y éramos nosotros los que gestionamos aquello que queríamos que fuera público, ahora es al contrario” (Roca, 2012, p. 3). Ante este hecho, las redes sociales nos impelen a saber administrar diferentes perfiles de uno mismo: el formal y el informal. Dependiendo del tipo de red en la que se participa cada usuario debe saber utilizar uno u otro perfil. Esto no se asemeja con el engaño o querer presentarse como quien no eres, sino con la privacidad y la defensa de la intimidad.

Ahora bien, no olvidemos que participar en la red es estar visible y esta es la que garantiza la inclusión en un mundo en el que prima lo comunicable. En otras palabras: lo que no está en la red, no existe (Winocur, 2012). Además, los adolescentes no sienten la necesidad de separar la vida online de la offline, sus relaciones, sus amistades, sus aficiones, etc., convergen en la red, y ambos entornos funcionan y tienen sentido uno con el otro. Es su cotidianidad. Sin embargo, debemos hacerles conscientes de cuánto de visibles quieren o deben ser. Qué tipo de datos quieren aportar, qué información manejan, a quién hacerle partícipe y a quién no. Enseñarles a configurar su intimidad y a no exhibirse de forma indiscriminada. Esta será la vía para ir desarrollando su individualidad, frente a la potente sociabilidad que favorece Internet. Tienen necesidad de mostrarse en ella, pero esto no va en contra de saber identificar qué datos, informaciones, fotos o videos deben ser mostrados y cuáles no. De saber encontrar la frontera entre lo público y lo privado: saber decidir y hacernos responsables sobre lo que es comunicable o no de nosotros mismos, y de los otros, con quién compartirla, en qué momentos y en qué espacios reales o virtuales (Winocur, 2012). Además de que, no lo olvidemos, todo esto ya no depende, aunque sea otra cuestión,

“(…) únicamente de las personas con las que se intercambia información, sino que la duda sobre la seguridad de la información que intercambiamos se extiende a quienes tienen acceso a tal información y consecuentemente la finalidad que se le da a la misma” (Díaz Gandasegui, 2011, p. 23).

Muestra de los riesgos que se derivan de la red, sobre los que diariamente nos están alertando, destacan el *cyberbullying* o acoso cibernético, el fenómeno *sexting* o envío de textos e imágenes de índoles sexual, el reciente *gossiping* o la creación de espacios (foros, chats, grupos, etc.) en los que se comentan rumores de forma anónima, también el *phishing* o engaño dirigido a revelar datos personales confidenciales, etc. Hay que ser conscientes de estos peligros, educando en la seguridad y privacidad en la red, condición necesaria pero no suficiente. La educación digital en redes debe

ir más allá de eludir ser víctimas de determinados peligros. Debe procurar el desarrollo de valores sólidos y competencias para la vida que, en gran parte, se va a desarrollar en estos entornos virtuales.

Todo ello nos lleva a reconocer que en las redes sociales, como en cualquier otro espacio de interacción humana, ponemos en peligro nuestro yo, nuestra intimidad, ahora también son escenarios de oportunidades. Se trata de conocer esta realidad y aprender a gestionarla y en esta tarea, como en todo desarrollo de la persona, deben implicarse todos los agentes que concurren en la formación de cada individuo. En especial la familia puesto que tiene un papel predominante en la conciencia de la propia identidad que se forman los adolescentes (Soutullo y Mardomingo, 2010). En suma, educar en esta etapa vital para que sean capaces de:

- Crear su identidad digital personal (formal e informal), como representación virtual que le permitirá interactuar en estas redes, proyectar una personalidad y difundir una trayectoria personal o profesional para aprender y compartir información en cualquier lenguaje.
- Dotar una identidad digital coherente con la analógica, que no quiere decir que todos los perfiles deban facilitar todos nuestros datos, de ahí la diferenciación entre unas identidades y otras de acuerdo a cada espacio. Y, en el caso de utilizar seudónimos y avatares, ser responsables de su uso.
- Ser conscientes de que todo lo que se publica en Internet permanece, hecho que puede tener consecuencias futuras en la imagen y reputación personal. Lo que se difunde sobre uno mismo y lo que nos rodea contribuye a escribir una memoria colectiva y perenne en la red, en el que el rastro de la identidad digital no se borra fácilmente.
- Crear una identidad digital significa entender la tecnología y participar de ella. Es una oportunidad para demostrar quiénes somos realmente y acercarnos a otros con intereses o aficiones similares.
- Generar credibilidad y confianza que se gestiona aportando información responsable y veraz (Giones-Valls y Serrat-Brustenga, 2010).

CONCLUSIONES

El fenómeno de las redes sociales ha llegado para quedarse y en esta realidad debemos ser guías en el proceso de crecimiento personal de unos adolescentes enredados. Por ello, la familia debe conocer y saber acudir a aquellos recursos educativos que ayuden a sus hijos a vivir en un contexto múltiple. Se trata de ir más allá de la mera instrucción sobre la utilización de las redes sociales que podría darse en cual-

quier escenario, cuando en este entorno la clave educativa la encontramos en las relaciones que se dan entre personas. Como se indica en una conocida web, *PantallasAmigas*, las personas prevalecen, las tecnologías cambian. Es decir, estamos de nuevo ante un reto educativo, no ante un problema tecnológico.

Los perfiles y los muros de las redes sociales son un escaparate abierto de par en par de la personalidad de cada adolescente como hasta hace poco era “la calle”. Este hecho, que puede parecer banal, es estratégicamente importante para los educadores, ya que, en algunos casos, estas redes llegan a ofrecer más información a los adultos sobre cómo son los adolescentes que aquella que suelen dar estos últimos sobre ellos mismos y sus relaciones. Por ello, la familia debe prepararse para instruir en el conocimiento de las redes sociales, en el procedimiento de acceso y su utilización y, por supuesto, en los valores y actitudes que deben primar en su uso. De la misma forma, la familia debe estar dispuesta a establecer límites en la utilización de las redes sociales dando por hecho que todos los espacios y momentos no son adecuados para utilizar estos medios. Paralelamente, se ha de enseñar a los adolescentes a autorregularse, a ser capaces de tolerar la espera y demorar la necesidad de responder a las llamadas, avisos y mensajes que provienen de sus dispositivos (Castellana *et al.*, 2007).

En consecuencia, desde todos los ámbitos y, en especial, desde la familia, se debe educar en la utilización responsable y racional de estas redes sociales puesto que pueden ser escenarios únicos en los que los adolescentes hagan frente a los desafíos de la vida; respondan a las demandas que se suceden como resultado de las relaciones mediatizadas que tienen lugar en el mundo virtual en el que viven; y aprendan a compartir espacios en los que también se genera socialización. A su vez, dado que el yo digital está entrando en el selecto grupo de las cosas importantes de la vida (Roca, 2012), se debe educar en un tratamiento adecuado de la propia identidad digital que se encuentra estrechamente ligada al desarrollo personal y, en un futuro, profesional.

En definitiva, tal y como señalan Reyero *et al.* (2011), es precisamente en este escenario en el que debemos “preparar a los sujetos para hacer y ser “con” las tecnologías, de manera autónoma y responsable, estando preparados para el cambio y para la redefinición continua del sentido de lo que significa ser autónomo en un mundo tecno-mediado” (p. 17).

Fecha de recepción del original: 2 de julio de 2013

Fecha de aceptación de la versión definitiva: 26 de septiembre de 2013

REFERENCIAS

- Aced, C. (2009). *Redes Sociales*. Barcelona: Palp.
- Bell, D. (1973). *The coming of post-industrial society*. New York: Basic Books.
- Bernárdez, A. (2006). A la búsqueda de una “habitación propia”: comportamiento de género en el uso de Internet y los chats en la adolescencia. *Revista de Estudios de Juventud*, 73, 69-82.
- Bradley, A. J. y McDonald, M. P. (2012). *La organización Social: convertir en resultados las oportunidades de las redes sociales*. Barcelona: Profit.
- Bringué, X., Sádaba, C. y Tolsá, J. (2011). *La generación interactiva en Iberoamérica 2010. Niños y adolescentes ante las pantallas*. Madrid: Fundación Telefónica.
- Caro, L. (2012). La encarnación del yo en las redes sociales digitales. *Revista TELOS*, 91. Extraído el 12 de febrero de 2013 de http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/DYC/TELOsonline/SOBRETELOS/Nmerosanteriores/DYC/TELOsonline/SOBRETELOS/Nmerosanteriores/Nmero91/seccion=1282&idioma=es_ES.do
- Castellana, M., Sánchez-Carbonell, X., Graner, C. y Beranuy, M. (2007). El adolescente ante las tecnologías de la información y la comunicación: Internet, móvil y videojuegos. *Papeles del Psicólogo*, 28(3), 196-204.
- Castells, M. (2000). *Internet y la sociedad red*. www.uoc.edu. Extraído el 30 de septiembre de 2013 de <http://www.uoc.edu/web/cat/articulos/castells/castells-main.html>
- Coleman, J. C. y Hendry, L. B. (2003). *Psicología de la adolescencia*. Madrid: Morata.
- De Haro, J. J. (2008). Mapa conceptual: Aplicaciones educativas de las redes sociales. jjdeharo.blogspot.com.es. Extraído el 13 de febrero de 2012 de <http://jjdeharo.blogspot.com/2008/12/mapa-conceptual-aplicacioneseducativas>.
- De-Juanas, A. y Diestro, A. (2012). Empleo de los medios sociales en educación superior: una nueva competencia docente en ciernes. *Revista de docencia universitaria*, 10(2), 365-379.
- Díaz Gandasegui, V. (2011). Mitos y realidades de las redes sociales. *Prismasocial. Revista de Ciencias Sociales*, 6, 1-26.
- Fumero, A. y Espíritusanto, O. (2012). *Jóvenes e infotecnologías. Entre nativ@ y digitales*. Madrid: INJUVE.
- Fundación Orange (2012). *España. Informe anual 2012 sobre el desarrollo de la sociedad de la información en España*. Madrid: Fundación Orange Extraído el 13 de enero de 2013 de <http://www.proyectosfundacionorange.es/docs/eE2012.pdf>

- Fundación Pfizer (2009). *La juventud y las redes sociales en Internet*. Madrid Fundación Pfizer. Extraído el 13 de enero de 2013 de http://www.asociacionplazadelcastillo.org/Textosweb/INFORME_FINAL_Encuesta_Juventud_y_Redes_Sociales.pdf
- Fundación Telefónica (2012). *La Sociedad de la Información en España 2012*. Madrid: Ariel. Extraído el 1 de febrero de 2013 de http://e-libros.fundacion.telefonica.com/sie12/aplicacion_sie.html
- Giones-Valls, A. y Serrat-Brustenga, M. (2010). La gestión de la identidad digital: una nueva habilidad informacional y digital. *BiD: Textos universitaris de biblioteconomia i documentació* 24, 1-15. Extraído el 9 de noviembre de 2012 de <http://www.ub.edu/bid/24/giones2.htm>
- Grohol, J. (2005). More spin on “Internet addiction disorder”. *psychcentral.com*. Extraído el 30 de septiembre de 2013 de <http://psychcentral.com/blog/archives/2005/04/16/internet-addiction-disorder/>
- Kaplan A. M. y Haenlein M. (2010). Users of the world, unite! The challenges and opportunities of social media. *Business Horizons*, 53(1), 59-68.
- Lahire, B. (2007). Infancia y adolescencia: de los tiempos de socialización sometidos a constricciones múltiples. *Revista de Antropología Social*, 16, 21-37.
- Meerkerk, G., Van den Eijnden, R. Garretsen, H. (2006). Predicting compulsive internet use: it's all about sex! *Cyberpsychology & Behavior*, 9, 95-103.
- Reyero, D., García Aretio, L., Hernández Serrano, M. J. y Ovide, E. (2011). *Autonomía y responsabilidad en el contexto de la sociedad de las tecnologías de la información y la comunicación*. Ponencia presentada en el XXX Seminario Interuniversitario de Teoría de la Educación. Barcelona.
- Roca, G. (2012). *¿Qué dice la Red de ti? Redes sociales e identidad digital*. *Revista TELOS*, 91. Extraído el 12 de febrero de 2013 de http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/DYC/TELOSONline/SOBRETELOS/Nmerosanteriores/DYC/TELOSONline/SOBRETELOS/Nmerosanteriores/Nmero91/seccion=1282&idioma=es_ES.do
- Sánchez Burón, A. y Álvaro Martín, A. (2011). *Generación 2.0 Hábitos de uso de las redes sociales en los adolescentes de España y América Latina*. Madrid: Universidd Camilo José Cela. Extraído el 19 de septiembre de 2012, de http://www.mcu.es/libro/docs/MC/Observatorio/pdf/generacion_UCJC.ppt#256,1,Diapositiva 1
- Sánchez Vera, M. M., Serrano Sánchez, J. L. y Prendes Espinosa, M. P. (2013). Análisis comparativo de las interacciones presenciales y virtuales de los estudiantes de Enseñanza Secundaria Obligatoria. *Educación XX1*, 16(1), 351-374.

- Soutullo, C. y Mardomingo, M. J. (2010). *Manual de psiquiatría del niño y del adolescente*. Buenos Aires-Madrid: Editorial Médica Panamericana.
- Stone, L. (2010). Continuous partial attention. *www.lindastone.net*. Extraído el 2 de octubre de 2012 de <http://lindastone.net/qa/continuous-partial-attention/>
- Urueña, A. (Coord.) (2011). *Las redes sociales en Internet*. Madrid: Observatorio Nacional de las Telecomunicaciones y de la SI. Extraído el 18 de octubre de 2012 de http://www.ontsi.red.es/ontsi/sites/default/files/redes_sociales-documento_0.pdf
- Valkenburg, P. M., Schouten, A. and Peter, J. (2005). Adolescents' identity experiments on the Internet. *New Media & Society*, 3, 383-402.
- Winocur, R. (2012). Transformaciones en el espacio público y privado. La intimidad de los jóvenes en las redes sociales. *Revista TELOS*, 91, 7-27. Extraído el 12 de febrero de 2013 de http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/DYC/TELOsonline/SOBRETELOS/Nmerosanteriores/DYC/TELOsonline/SOBRETELOS/Nmerosanteriores/Nmero91/seccion=1282&idioma=es_ES.do